

Despues de los instintos propiamente dichos, vienen otras necesidades mas complicadas, mas estensas y mas elevadas, que sin embargo de todo son instintivas, porque son ciegas y egoistas, á las cuales se da el nombre de *inclinaciones*. El hombre comienza á reaccionar contra la naturaleza, á luchar contra las dificultades, á destruir los obstáculos, á apoderarse de lo que es útil, ó agradable, y de esta accion, de esta lucha nacen las inclinaciones á que los frenólogos denominan *combatividad*, *destruccion* y *adquisividad*. Gall definia la primera, diciendo que es un instinto de defensa de sí mismo y de su propiedad, un amor por las pendencias y los combates; la segunda un instinto carnicero ó inclinacion al asesinato; la tercera, el sentimiento de la propiedad, el instinto de amontonar provisiones, la inclinacion al robo.

Piénsese como se quiera de estas definiciones de Gall, y cualquiera que sea tambien la estension que se quiera dar á cada una de estas facultades, nadie puede poner en duda estas inclinaciones de combatir, destruir y adquirir: son primitivas y durables: son necesarias para la conservacion de la vida y se hallan en todos los hombres de los diferentes paises. Para conocerlas bien es preciso estudiar su historia en las obras latas de frenologia. En cuanto á nosotros lo que nos importa es probar su existencia, y en euanto nos sea posible su objeto primitivo, despues de conocer á fondo sus relaciones con las facultades superiores y la influencia legitima de estas últimas para deducir los medios de aumentarlas ó disminuirlas, segun convenga á las individualidades en quienes se examinen.

COMBATIVIDAD.

La *combatividad*, dice Mr. Broussais, es una tendencia á ofenderse por la resistencia, á redoblar la accion para vencer la oposicion, á no dejarse abatir, y cuando el órgano, que sirve de instrumento al alma, está muy pronunciado, á emplear tanta mas accion cuanto el obstáculo es mas considerable. Este impulso es sostenido, obra de una manera continua sobre el carácter y origina un fondo de contradiccion y oposicion que va aumentándose progresivamente. No es el impulso momentáneo de la ira, una escitacion pasagera, es un atrevimiento habitual, sostenido, que hace frente al peligro, que

le contempla sin espanto, y que saca nuevas fuerzas á medida que los obstáculos van creciendo.

La *combatividad*, en los límites racionales, es el valor, cualidad necesaria en el hombre. Si falta, aparece un carácter poltron y pusilánime, en tanto que su exceso hace al hombre audaz, amigo de querellas, imprudente y temerario hasta el punto que la predisposición á las disputas es una pasión que tiene necesidad de satisfacer; y desgraciado de aquel que se encuentra en el camino de un hombre así constituido, pues que casi puede tener la seguridad de ser insultado y obligado á entrar en combate.

Tratemos ahora de apreciar los efectos físicos y morales de estas distintas disposiciones.

El desarrollo normal de esta facultad es tan favorable á la armonía de las funciones, cuanto perjudicial es para la misma su exceso ó su falta. El valor no solo nos hace capaces de afrontar el peligro, sino que mantiene el equilibrio de la salud en la economía animal y dando firmeza preserva de enfermedades, ó sostiene la parte moral en su curso. Todos los días vemos ejemplos de esto: el enfermo que no se deja abatir por la dolencia, y que tiene confianza en los remedios tiene muchas probabilidades de curación. El hombre animoso en lo físico lo es también en lo moral, á menos que una mala educación no haya falseado su inteligencia. El valor no preserva del miedo; pero impide que este sea un estado habitual; el hombre más valiente no es dueño de evitar una emoción pasajera producida por una causa espantosa; pero consigue en el instante dominarla y no es víctima de ella. Aquel á quien la naturaleza no ha dotado de este don precioso se turba, tiembla, agita y espanta á la menor oposición, y en vez de atacar retrocede al menor peligro real ó imaginario. Todas sus funciones se trastornan desde las más orgánicas hasta las más intelectuales. Nadie ignora hasta qué punto se trastorna la circulación de la sangre, que puede llegar á producir un síncope mortal; todas las secreciones y excreciones padecen: las unas se suprimen; las otras se aumentan; la respiración y la deglución se alteran; la digestión se detiene; el movimiento es irregular y hasta imposible; por último, la fisonomía se descompone; todo trabajo intelectual, toda observación y toda reflexión desaparecen: el organismo está en peligro: la parte física está descompuesta, y la moral casi desaparece por completo. Tales son los efectos del miedo en aquel que no sabe dominarlo, y no podrá soportar largo tiempo tales vicisitudes sin que toda especie de enfermedades y especialmente las

del corazón, no vengan á envenenar y á disminuir su desgraciada existencia. La fisiología no tendrá derecho de hablar y recomendar, que por el intermedio de una educación conveniente se trate de desarrollar la inclinación á la combatividad, cuando la vea devientemente pronunciada? ¿No proporciona ella misma las mejores razones y los mas fuertes argumentos en su favor? El camino mas seguro para conseguir estos resultados es, despues de haber hecho comprender los perjudiciales efectos de la poltronería, separar completamente de la vista y memoria de los niños esos ejemplos y cuentos de sucesos espantosos; enseñarles con agrado las causas tan pueriles y ridiculas de sus temores; instruirles en la manera de vencer los peligros, y suministrarles abundantes ejemplos de valor, de luchas victoriosas, y de las ventajas que proporcionan. Guardémonos de creer que las bebidas escitantes dan valor al hombre: ciertamente le estimulan y le sacan de su quietismo habitual; pero le trasforman en una bestia, en un animal furioso, en una máquina, que se mueve, como un proyectil, por un poder extraño, incapaz de dirigirle, sostenerle y renovar sus fuerzas y su actividad bien pronto aniquiladas.

Opuesta debe de ser la conducta que observemos con aquel que un impulso muy violento arrastra continuamente á los combates. Debemos hacerle ver que se halla dominado por una inclinación que está fuera de los límites racionales, pues que le pone á cada instante en disposición de luchar, como si la vida no fuese mas que un duelo á muerte, que pusiese al hombre continuamente en estado de ataque ó de defensa; como si no tuviéramos alrededor nuestro mas que enemigos, mas que obstáculos ante nosotros, que nos mantienen en un estado violento de escitación orgánica, favoreciendo las congestiones de sangre, la rotura de los vasos etc., que haciéndonos preventivamente hostiles, nos ha de hacer parciales é injustos, y que por último, poniéndonos en acción ciega é instintivamente nos quita casi toda la libertad, toda moralidad y nos trasformamos en verdaderos brutos. En cuanto á las funestas consecuencias de las disputas, ya para la salud, ya para los intereses materiales, ó bien para la reputación, basta enumerarlas para hacerlas comprender.

¿Qué reglas deduciremos de todo esto que puedan servir para la educación? Hélas aquí en resúmen. Es muy perjudicial amedrentar á los niños, ya con cuentos, ó bien con sorpresas de toda especie; no es menos dañoso el entretenerse en mantener el carácter discolo de unos y la temeridad de otros. Es preciso obrar con la niñez como se obra con los hombres, y por regla general,

relativa á la combatividad, seguir el precepto impuesto por la fisiología: desarrollar las facultades en interés del organismo entero y del conjunto de las necesidades. Es preciso no olvidar que el mejor medio de disminuir la acción de una facultad predominante, es separar cuidadosamente todas las causas que puedan escitarla, y especialmente todos los ejemplos de predominio; y lo mas seguro para elevar una facultad muy débil es alejar todos los ejemplos de esta debilidad, y acumular los casos contrarios. Para herir mejor la imaginación de los niños, no nos debemos valer solo de la palabra, ó del escrito, sino echar mano de los medios que las artes han puesto á nuestra disposición para mover á nuestros semejantes.

DESTRUCTIVIDAD.

Cuanto hemos dicho relativo al modo de educar la combatividad puede aplicarse y se aplica perfectamente á la *destructividad*.

La existencia de esta inclinación no puede ponerse en duda, pues que vemos que no existe en la naturaleza un ser que no viva por la destrucción: destrucción de la materia inanimada; destrucción de los seres organizados y por do quiera destrucción.

Leamos la historia del globo, la de las plantas, la de los animales, y veremos que donde comienza una existencia termina otra: de los residuos de la tierra primitiva se eleva la primera planta: de las partes descompuestas del vegetal nacen los primeros animales, y el mas inferior de estos será bien pronto víctima del superior.

Esta facultad de la destructividad imprime al hombre un notable carácter de vigor y acción, y una irritabilidad que es preciso moderar; pero sin la cual la inercia viene á ser un hábito, y todos los ímpetus de la existencia son ineficaces. Aquellos en quienes esta facultad es débil tienen grandes puntos de contacto con los que tienen poco desarrollada la facultad de la combatividad y están espuestos á los mismos males.

Al niño, pues, en quien se tema la apatía, háblesele de combates; pero que sea gradualmente, principiando por los menos espuestos, é insistiendo en lo que haya de mas útil y glorioso. Enséñesele que el hombre está dotado de una actividad necesaria á su subsistencia, y que en beneficio propio debe usar de su energía. Llamemos á la historia en ayuda nuestra, y hágansele escuchar y ver los

mas brillantes hechos; dispóngasele á ver sin espanto un espectáculo sangriento, porque es preciso y está en el mismo interés del hombre ver sin palidecer correr la sangre de animales, y aun la suya, ó de sus semejantes.

Sin embargo, son en mayor número los casos contrarios que se presentan. No dejemos al niño que se entretenga en hacer sufrir en lo mas pequeño á un animal: hagámosle saber que siempre hay algo de triste en destruir; que los seres que él destruye, gozándose en sus sufrimientos, tienen un derecho á existir como él. Y siempre que tengamos que hacer con un carácter muy irritable, no se crea que es preciso mostrarse débil y ceder á sus exigencias como si temiésemos el ruido, las amenazas y el poder del niño; pero guardémonos tambien de escitar su irritabilidad por una oposicion mal entendida ó injusta: cédase si la culpa es nuestra, indicándole el motivo que nos obliga á ceder; y resistase cuando tengamos razon, no con cólera, ni golpes, ni amenazas, sino con la sangre fria y la impasibilidad: la irritabilidad mas débil en un principio se aviva y engrandece por su oposicion á otra irritabilidad; pero por viva y violenta que sea se esteriliza ante la fuerza de inercia.

ADQUISIVIDAD.

La inclinacion á *adquirir* y *poseer*, aunque menos enérgica en su expresion que la anterior, no es menos influyente sobre el carácter y destino del hombre. No hay nada mas natural que el deseo de poseer: esto es necesario para conservar la vida, y, despues del deseo de las cosas indispensables á la existencia, como los alimentos, ó aquello que los proporciona, como la tierra y los ganados, como las armas y los vestidos, viene el de las cosas útiles, luego el de las agradables, casi tan necesarias como las otras; y todo esto no puede menos que escitar deseos, y, no sin razon, esta unido un goce, un placer, á la posesion. El hombre que no se ocupa de adquirir, que tiene en nada la propiedad, ni puede llenar las necesidades de la vida, por retirada que esta sea, ni cumplir con las exigencias sociales cuando vive en sociedad. Todo lo que es ganancia, provecho, ó adquisicion, le es indiferente, y en nada aprecia lo que posee, siendo desinteresado en un grado estremo. Pero esta especie de desinterés ¿no es mas bien un defecto que una virtud? Porque, ademas de que no hay mérito alguno en dejarse llevar de una aféccion dominante, el que asi obra se hace culpable, faltándose á si mismo

y á su familia. Un carácter de esta especie suele verse unido algunas veces al deseo de los honores ó del poder; pero en estos casos otras son las facultades que juegan: el amor de la propiedad no hace papel alguno.

Ciertamente que nuestra sociedad actual peca menos por defecto que por exceso de adquisividad. Uno de los caracteres marcados de nuestra época, es el de estar dominada en gran parte por el interés, y por lo tanto, tenemos que insistir bastante sobre esta especie de tendencia.

Para comprender bien la influencia de esta facultad es preciso estudiarla sucesivamente, ya aislada, y ya tambien en relacion con las otras facultades. Cuando obra sin oposicion no tarda en invadir toda la existencia. Poseer no es un medio, es un fin: se quiere poseer por el solo placer de la posesion, y la vida no es bastante dilatada para adquirir todo lo que se quiere amontonar. Todos los pensamientos, las acciones todas van encaminadas á este objeto; todas las circunstancias de la vida revelan la idea de la propiedad, cuya circunstancia se exagera, y á la cual se subordinan todos los motivos de accion; se supone que existe en todas partes y se pretende explicar todos los actos humanos por ella. La riqueza por si sola constituye un mérito: se escusa una conducta punible por ser producto del amor á la propiedad; la menor pérdida produce un sentimiento violento, asi como un aumento de fortuna ocasiona una alegría extraordinaria.

Hablád á un hombre predominado por este instinto de ciencias ó bellas artes: nada estimará de cuanto le digais: se reirá de vuestro entusiasmo de artista, de vuestra abnegacion científica; deplorará los gastos que hayais hecho con objeto de satisfacer la necesidad de lo bello y de lo verdadero, y motejará de inocentes é imbéciles á los que han empleado su fortuna en este sentido. Pero no es esto todo: las cuestiones morales no tendrán á sus ojos importancia alguna, ó si la tienen será muy secundaria; no le vereis nunca ceder á sentimientos generosos, y se opondrá al progreso intelectual, á las mejoras sociales. Nada inspira mas egoismo que el instinto de la propiedad cuando es muy poderoso; nada nos hace mas injustos respecto á los demas, y no se ve aun en la vida mas dedicada á la felicidad de los demas hombres, á la instruccion etc., que un pasatiempo placentero, ó que el medio de que hablen de uno.

He aqui pues, el mismo género de abusos y los mismos resultados que hemos marcado en las afecciones anteriores: siempre una facultad

tad que trata de sacrificar á su placer, como un tirano, á las demas facultades. Pero siempre no es vencedora: por muy poderosa que sea, bien puede ser equilibrada su omnipotencia por la naturaleza, ó la educacion, ó por la una y la otra. La naturaleza á la vez que ha podido dotar al hombre del instinto de propiedad muy energético, le ha podido dotar tambien de otros instintos, de otras inclinaciones, de otras facultades no menos activas, y por lo tanto el carácter puede modificarse singularmente.

No hablaremos del robo, porque, segun nuestro juicio, no es un resultado necesario del predominio de este instinto: el hombre mas avaro puede sin embargo ser honrado. Preciso es para que el hombre descienda hasta el robo que esté desprovisto de sentimientos superiores, y especialmente del sentimiento de justicia, y sobre todo que los malos ejemplos y una pésima educacion le hayan arrasado. En general los ladrones se reclutan entre los vagos y los miserables: disminuyendo la miseria del pueblo se disminuirá el número de los culpables, y la sociedad no puede considerarse fuera de todo cargo, bajo este punto de vista. No vamos sin embargo tan lejos que creamos con Mr. Quetelet, que la sociedad es quien prepara el crimen, y que el culpable no es mas que su instrumento. Los vicios de la sociedad no son suficientes para hacer criminales, sirviendo de prueba una porción de hombres honrados aunque perseguidos por la desgracia: á los vicios de la sociedad es preciso unir los del hombre, y estos pueden atenuarse por una educacion conveniente. Hasta ahora la sociedad no se ha ocupado mas que de la instruccion del hombre, y aunque, segun las investigaciones de Mr. Guerry, la instruccion elemental no ha disminuido el número de los crimenes, nos importá hacer constar que mas de las dos terceras partes de los culpados no saben ni leer, ni escribir, ó lo hacen de una manera imperfecta. Mr. Vilermé ha notado que el número de los crímenes contra las personas disminuye con el progreso de la civilizacion, al paso que aumenta el de crímenes contra la propiedad, asi como que en los países en donde hay mayor número de propietarios bien acomodados, con una instruccion primaria mas completa, se cuentan menos crímenes de todas especies. La influencia de la educacion, del ejemplo y de las circunstancias exteriores, es tan incontestable como la de la organizacion; pero antes de sacar de este doble hecho reglas de conducta debemos manifestar como se presenta el instinto de la propiedad cuando está modificado por tendencias de otra naturaleza.

Todo lo que se opone á este instinto se encuentra en la inteligencia que arregla las condiciones bajo las cuales se puede poseer; en la benevolencia que inspira el deseo de dividir con otros lo que se posee, á fin de agradecerles, porque resulta un goce en hacer bien. La conciencia le sirve tambien de correctivo, la amistad, los afectos de familia le modifican, porque muchos avaros son generosos con las personas que les están unidas. Cuando la masa intelectual y especialmente los sentimientos morales están muy desarrollados, aunque la inclinacion á adquirir y poseer lo esté tambien, siempre que la educacion la haya combatido, el crimen es imposible; pero el vicio puede subsistir, solo que no se pone en evidencia: es preciso buscarle para encontrarle, porque no aparece sino de tiempo en tiempo, y en determinadas circunstancias. Sin embargo, un observador atento puede distinguir al lado de una generosidad grande, una mezquindad no menor: los impulsos mas nobles son muchas veces contrariados, ó por lo menos suspendidos, por este instinto de la propiedad, que siempre calcula y no se mueve jamás sino en interés propio.

Pero el deseo de tener, el amor á la propiedad, no constituyen siempre la avaricia: el carácter del avaro es ciertamente el de adquirir; pero es aun mas el de conservar lo que posee: mas teme dar que desea el adquirir. Los actos del avaro son inconciliables con los sentimientos escéncricos, con las pasiones expansivas, y su organizacion incompatible con la organizacion poética y artistica. La avaricia no es mas que una de las formas, una de las manifestaciones del instinto de la propiedad, ó de la adquisividad exagerada.

Si pasamos ahora á ocuparnos de la higiene de esta inclinacion, nos será fácil establecer un plan de educacion fisiológica.

Desarrollar la inclinacion, si no lo está bastante, ó disminuir su accion, si lo está mucho: tal es la conducta que debemos seguir, como ya hemos dicho, para las otras necesidades. Pero ¿cómo llegar á este resultado? Fácil es distinguir en los niños los gérmenes de estos defectos, cuando se estudia para conocerlos.

Aquellos en quienes es muy debil el sentimiento de la propiedad ni hacen caso de sus juguetes, ni tratan de conservarlos, no se alegran de poseerlos, no se afligen cuando los pierden y se olvidan de ellos en cuanto pasa la primera impresion que les habian producido: no piensan en guardar para lo venidero lo que reciben actualmente: pierden, diseminan, deterioran y dan cuanto reciben sin conservar nada para sí. Haced sentir á estos niños las angustias de